

**MANUAL  
PARA UNA  
REVOLUCIÓN  
INTEGRAL  
COMUNAL**

**Félix Rodrigo Mora**

**Año 2024**

Título: *Manual para una revolución integral comunal*  
Volumen 1

Autor: **Félix Rodrigo Mora**

*luchayservicio@gmail.com*  
*felixrodrigomora.org*  
*@FelixRodrigoMora*

Maquetación y diseño de cubierta: **Editorial Bagauda**

©Félix Rodrigo Mora

©Manual para una revolución integral comunal

Esta obra se encuentra bajo licencia de Creative Commons  
Reconocimiento –No comercial- Sin obra derivada 4.0 Internacional



Editorial Bagauda  
Sabadell (Barcelona)  
*www.editorialbagauda.com*  
*editorialbagauda@gmail.com*



**Primera edición: octubre de 2024**

**ISBN:**

Impreso en Iberia

# ÍNDICE DE CONTENIDOS

Preámbulo.....	9
Libro I: El gran problema de nuestro tiempo.....	11
1. <b>La ausencia de libertad</b> .....	21
2. <b>Sobre el Estado</b> .....	25
La falsa oposición al Estado.....	40
Estado, Ejército y fuerzas policiales.....	44
Las religiones de Estado.....	58
El Estado del Bienestar.....	60
3. <b>Sobre el capitalismo</b> .....	63
La creación del capitalismo por parte de los Estados.....	64
Sobre la división del trabajo.....	76
Los estragos del capitalismo.....	79
Las tiranías económicas.....	102
El capitalismo financiero.....	113
La formación de los precios y el mito del libre mercado.....	117
El significado del dinero.....	123
El problema de la deuda.....	133
Una alternativa real al capitalismo.....	139
4. <b>El fracaso de las experiencias anticapitalistas</b> .....	143
Teoría y experiencia marxista.....	143
Teoría y experiencia anarquista.....	154
La experiencia de las comunas.....	160
5. <b>Aculturación y totalitarismo ideológico</b> .....	169
La desaparición de la cultura popular.....	169
La imposición de la subcultura estadounidense.....	173
Los efectos de la contracultura.....	182
La islamización de Europa.....	186
6. <b>Un sistema de dominación que se autodestruye</b> .....	189
La refundación del sistema de poder en los años 60 del siglo XX.....	189
Las contradicciones internas del actual sistema político y económico.....	201
De la teoría de las catástrofes a la sociedad catastrófica.....	211
7. <b>Un planeta en caos, guerra y apocalipsis</b> .....	217
El imperialismo ruso.....	219
El imperialismo chino.....	227
El imperialismo de la Unión Europea.....	232
El imperialismo estadounidense.....	233
El repudio a cualquier forma de imperialismo.....	240
El militarismo del siglo XXI.....	245

<b>Libro II: La transformación de la sociedad</b> .....	255
1. <b>Lo decisivo es la revolución, integral, comunal</b> .....	257
Genealogía de la revolución.....	259
Revolución, violencia, pacifismo.....	265
Situaciones revolucionarias en la historia.....	271
La revolución en el presente.....	291
Objetivos y metas de la revolución.....	297
2. <b>La juventud y la revolución</b> .....	303
El programa para la juventud de la Revolución Integral.....	310
3. <b>Los valores fundacionales de la nueva sociedad</b> .....	313
La libertad es el meollo de la Revolución Integral.....	319
La verdad como fundamento de la revolución.....	325
4. <b>Libertad política y democracia directa</b> .....	329
La democracia ateniense y el ejemplo de Sócrates.....	336
La democracia por asambleas.....	344
5. <b>La liberación de los pueblos oprimidos por el Estado español y la Unión Europea</b> .....	347
El papel de los independentistas que adoran el Estado.....	350
El independentismo vasco.....	358
El independentismo catalán.....	364
6. <b>La economía comunal, superadora del capitalismo</b> .....	375
La puesta en marcha de la economía comunal.....	382
Modelos económicos en los que inspirarnos.....	392
El programa económico de la Revolución Integral.....	394
7. <b>La tecnología y la transformación integral</b> .....	413
8. <b>La agricultura y la ruralidad</b> .....	427
El papel del ecologismo.....	430
El cambio climático.....	435
El papel del colapsismo, el decrecentismo y el animalismo institucional.....	438
La propuesta de acción medioambiental de la Revolución Integral.....	441
9. <b>El período de transición desde el actual orden a la Sociedad de la Libertad</b> .....	443
El programa de transición.....	454
<b>Principales libros de mi autoría</b> .....	469
<b>Glosario de obras referenciadas</b> .....	471

En el **segundo volumen** del *Manual para una revolución integral comunal*:

**Libro III: La búsqueda de la verdad**

**Libro IV: La sociedad convivencial**

**Libro V: La revolución personal**

*«A la revolución  
—escuela de heroísmo,  
espiritualidad y humanismo—  
debemos darlo todo»*

Félix Martí Ibáñez

*«No preguntemos si estamos plenamente de acuerdo,  
sino tan solo si marchamos por el mismo camino»*

Johann Wolfgang Goethe

*«La verdad es la totalidad»*

G. W. F. Hegel

*«Los caminos fáciles no llevan lejos»*

Proverbio popular



## PREÁMBULO

*Manual* significa libro práctico dividido en materias, que se consulta para conocer de manera rápida y concentrada un asunto determinado, a localizar examinando el índice. Por eso, cada apartado tiene un elevado grado de autonomía. No es un texto para leer como otros libros, del principio al final, sino para buscar en él formulaciones básicas en relación con preocupaciones, reflexiones, tareas y actividades concretas. Pero también puede usarse como un libro, sin duda.

Cada dos o tres años, el presente Manual será mejorado y actualizado, para producir una nueva edición, renovada. Quien lo desee, puede enviarme sus aportaciones.

Al final, como anexo, va una relación de mis principales libros.

FELIX RODRIGO MORA

Edición del año 2024

*felixrodrigomora.org*

*luchayservicio@gmail.com*





**Libro I:**

**EL GRAN PROBLEMA  
DE NUESTRO TIEMPO**



Hoy, los poderes vigentes se están trasladando desde la dominación a la sobredominación, con la intención de constituir una sociedad de la docilidad y la sumisión ilimitadas, perfectas, absolutas. Anhelan un ser humano infinitamente sumiso, obediente, maleable, sin pensamiento ni voluntad propia, que ni se le pase por la cabeza resistir al poder, y mucho menos alzarse en rebelión o sumarse a la revolución, todo ello de manera superlativa. La fabricación autoritaria (en su intención, definitiva y para siempre) de un sujeto extremadamente dócil y de un régimen de dictadura perfecta, es la tarea número uno de dichos poderes en la actualidad.

Reputan que ha llegado el momento de lograrlo, eliminado esa “anomalía” de la historia y el presente que ha sido, y es, la resistencia al poder, la crítica con consecuencias, la desobediencia civil, la acción en la calle, la organización subversiva de la gente más despierta, el tiranicidio, los alzamientos masivos y, sobre todo, las revoluciones. Los autoinvestidos con todo el poder, estiman que ahora se dan las condiciones para lograrlo pues tienen las herramientas e instrumentos para ello, de naturaleza política, funcionarial, económica, policial-militar, escolar y académica, de ingeniería social, médico-farmacéutica, tecnológica, mediática y otras.

Ambicionan cambiar radicalmente la naturaleza humana, instaurando subhumanos funcionales para que trabajen productivamente sin límites, obedezcan siempre a las autoridades y paguen impuestos muy crecidos. Tal decisión, la de pasar de la dominación a la sobredominación, fue tomada corporativamente por las élites de Occidente en el último cuarto del siglo XX, y es aplicada con la mayor determinación desde entonces.

Ello está disparando exponencialmente los gastos y costes de dominación, explícitos y ocultos, de manera que la economía contemporánea trabaja en buena medida para realizar tal objetivo, para alcanzar el dominio absoluto de las minorías con potestad sobre la masa popular. A la vez, los daños colaterales se multiplican, en cuantía y letalidad, pues, a más medidas para la mejor dominación, más perjuicios anejos, más disfunciones provocadas *de facto* (aún sí son no deseadas e incluso no previstas), más destructividad, más derroche de recursos y personas, más consumo improductivo y más parasitismo. Todo ello está afectando decisivamente a la actividad económica. Mientras los logros en dominio, control y mando extras crecen en proporción

aritmética, los costes totales de dominación aumentan de manera geométrica.

Ese forzamiento extremo de la condición humana, ese obligar a vivir en dramático desacuerdo con la propia naturaleza y condición, está convulsionando, dañando y aniquilando a la persona, que se halla obligada a ser como no es y no puede ser. Ciertamente, el ser humano es maleable y moldeable, pero no infinitamente, no más allá de un límite. Si se supera éste, aparece una suma compleja de patologías físicas y psíquicas de inquietante naturaleza.

El furor liberticida ilimitado con que las minorías poderhabientes mundiales y locales con poder concentrado están actuando tiene que ser respondido, en buena lógica, con una lucha colosal por la libertad: la libertad política, el trabajo libre, la libertad de conciencia, la libertad económica, la libertad de expresión, la libertad erótica, etc. Pero no es eso lo que está sucediendo. El individuo común, en el plano de lo consciente, se somete abúlicamente a la gran ofensiva liberticida pero en el ámbito de lo íntimo, dado que no puede adaptarse a lo que le exigen con tanta virulencia, salvo de manera exigua, está tomando el camino de las disfunciones, las dolencias psicosomáticas, el colapso del sistema inmunitario, la apatía general, las enfermedades “raras”, la depresión crónica, la pérdida de la voluntad de vivir, la extinción del instinto de supervivencia, el quebranto del impulso sexual y la esterilidad, el consumo compulsivo de drogas y alcohol, el suicidio en alguna de sus diversas manifestaciones.

Dicho de otro modo, la sobredominación global implica un riesgo muy alto de aniquilación de la humanidad. Necesariamente, dominar es aniquilar, y eso es lo que está sucediendo.

La otra respuesta de las gentes modestas, sometidas a una restricción colosal de las libertades y a una nadificación planeada en tanto que personas, es el sabotaje, sobre todo inconsciente. Es tal la desesperación acumulada que la persona media, de una forma instintiva, se niega a cooperar, desobedece en aquello que no le origine un castigo inmediato, lo hace todo mal, destruye cuanto puede y, como respuesta total, se sumerge en la depresión, la enfermedad por excelencia de nuestro tiempo, que terminará por aniquilar las fuerzas vivas de la vida colectiva, llevando a la sociedad al desmoronamiento. Sobre estos asuntos se dirá mucho más a lo largo de todo el Manual.

Pero el sabotaje no es la revolución, hay que transformar las fuerzas poderosísimas que lo promueven en impulso revolucionario.

En las condiciones actuales, cuando las multitudes de la modernidad han sido rotunda y completamente deshumanizadas para hacerlas más manejables y dominables, la vida pierde todo sentido y cualquier propósito, por lo que el individuo comienza a cavilar en la muerte como liberación. Estamos, por tanto, en las fases iniciales de una epidemia de suicidios, directos e indirectos, como la que sucedió en la sociedad romana de la época de máxima tiranía de los emperadores, a partir del siglo III, cuando las gentes se quitaron la vida en masa, dejando al Estado casi sin soldados y a los ricos sin apenas mano de obra, vaciando las ciudades y dejando desiertos los campos. Y lo mismo ha sucedido en otras sociedades una vez que en ellas crecen por encima de un límite ciertas nocividades, la falta de libertad, la imposición desde arriba, la proscripción del amor, la demonización del eros creador de vida, la ruptura de los lazos entre las personas, la prohibición de todo y la reducción de la existencia a un tormento cotidiano.

En la actualidad, y por primera vez, la humanidad no tiene un futuro físico, como especie, garantizado, por causa del fenómeno aterrador de la dominación extrema. Éste dispone de instrumentos tecnológicos novedosos, el microchip, los implantes cerebrales, las neurociencias y la neurotecnología, el transhumanismo mental, la creación de cibernéticos, el *homo fabricado*, la ingeniería de la psicología, la biorrevolución y tantos otros entes y programas tecnológico-científicos contra el libre albedrío, la soberanía de la voluntad y la libertad humana, meros instrumentos científico-técnicos de la tiranía contemporánea.

Pero todo eso no son los poderes infalibles e invencibles, eternos, que algunos quieren mostrarnos. Su fuerza resulta de nuestra debilidad, de nuestra falta de inteligencia estratégica, cobardía y ausencia de grandeza personal, esto es, del déficit de virtud personal consustancial al sujeto minúsculo de la modernidad, al *ser nada* hodierno. El ser humano realizado, él mismo y por sí mismo, está incomparablemente por encima de todo eso, aunque como *ser nada* quede muy por debajo. Y quienes discursen sobre ello con el supuesto propósito de “criticarlo”, en realidad están introduciendo confusión, sembrando desesperanza y desconfianza en el futuro, minando así la voluntad de resistir y luchar. Toda crítica que no lleve incorporada los elementos de la resistencia, el

programa de lucha, el optimismo vital y la fe en el futuro es una pseudocrítica... a criticar.

Estas críticas no se ocupan de la evaluación de los costes reales, costes ocultos, daños colaterales y disfunciones implícitas que realizan tales engendros despóticos, por lo que ofrecen una interpretación falsa, rigurosamente unilateral y metemiedos de tales moderneces malignas. La suma de los costes que todo ello incorpora no es solo de naturaleza económica, también lo es política, ideológica, de percepción del futuro y de otros tipos. Al fallarles la dialéctica y al atenerse a la lógica formal, aquéllos ofrecen una imagen irreal, distorsionada, de tales asuntos. Lo cierto es que quien golpea se golpea y quien ataca se ataca, de manera que no hay ni nunca habrá medidas liberticidas que no tengan efectos negativos para sus realizadores, los cuales, tarde o temprano, serán perjudicados e incluso ahogados por aquellas disposiciones.

Para empezar, ¿de dónde van a salir los recursos para todo ello?, ¿de fábricas y empresas en las cuales la gran mayoría de la mano de obra está dominada por la ansiedad, la depresión, la fobia al trabajo y el sabotaje involuntario o voluntario porque son percibidos y tratados por sus patronos, jefes y directivos como nuevos esclavos? Y, ¿qué decir de los ingenieros, expertos, directivos y científicos, cuyas vidas, absolutamente sin sentido y vacías, al servicio de la tiranía existente, son empujados a la cocaína y al alcohol, a las drogas legales y a las terapias psicológicas basura, todo ello tenido por angustiosas y ficticias tablas de salvación?

El impulso a la vida, a la esperanza y a fuerza vital, solo puede recuperarse como voluntad de lucha contra el gran liberticidio en curso, como resolución e intrepidez de realizar una Revolución de la Libertad. Pero esto solamente se da, por el momento, en un número muy escaso de personas, quedando la mayoría entregada a las respuestas negativas y perversas de la rampante tiranía en curso, en la forma de deprimirse, autoagredirse, fantasear con no ser, anhelar dejar de ser. En los próximos decenios todo ello alcanzará proporciones descomunales a la vez que posibilitadoras de un gran cambio social y personal. Ciertamente, todos los grandes cambios sociales los diseñan e impulsan minorías, por lo general muy reducidas, así que debemos ser coherentes, consecuentes.

¿Habrá un impulso a la “rectificación” desde el poder, una variante de “revolución desde arriba”? A partir de otras experiencias históricas puede mantenerse que sí, que existirán intentos en esa dirección, alguno quizá enérgico y persistente, pero que no lograrán nada duradero ni definitivo. Porque mientras se mantengan las causas del mal, el poder tiránico múltiple en expansión, tendrán lugar, inexorablemente, sus efectos. Las estructuras de dominación son las que son y el poder nunca las desmontará porque eso sería su final, el suicidio político de las élites, de modo que éstas están haciendo lo contrario, reforzarlas, ampliarlas, expandirlas, lo que equivale a multiplicar sus costes ocultos y daños colaterales. Es decir, las necesitan, pero al mismo tiempo dichas estructuras dañan e incluso dan al traste tendencialmente con las minorías despóticas con poder. Eso es la dialéctica, pues todo tiene una doble significación y un doble resultado. Al fortalecerse, el sistema de dominación que se robustece se debilita al mismo tiempo, agrava sus contradicciones internas y va estableciendo las condiciones para aniquilarse, para autoaniquilarse, aunque solo tendencialmente, pues para que esto suceda tiene que darse el impulso y el acto revolucionario.

Finalmente, todo lo conocido indica que el perverso sueño de lograr un ser subhumano funcional no está siendo alcanzado, pues subhumano y disfuncional son sinónimos. A partir de ahí, el proyecto del poder para desarrollarse ilimitadamente se viene abajo en su base: el individuo. Éste o es humano, por tanto funcional, eficaz, o es subhumano, en consecuencia disfuncional, inútil para todo; no hay una tercera posibilidad. Y si es humano, anhela entonces la libertad y una existencia conforme a su naturaleza concreta; y eso lleva a la revolución. Pero, si no es humano, todo se derrumba en torno a él y deviene la catástrofe. Según expone la «teoría de las catástrofes», éstas son necesarias para que tenga lugar el cambio sustantivo, la transformación cualitativa. Por eso, del apocalipsis surge la gran transformación, y solo de él.

Desde mediados del siglo XX, las minorías potentadas y mandantes en los países de Occidente han estado virando, como se dijo, desde su anterior estatuto de, en alguna medida, ser clase dirigente al de convertirse exclusivamente en clase dominante. Siempre han sido así, pero antaño aún les quedaban retazos de probidad política, que les hacía conservar alguna idea sobre el bien público y la mejora de la vida social. Hoy ya no. Solo importan el mando y el dominio, la cantidad y calidad de poder poseído. Se han degradado a déspotas perfectos, a

tiranos puros, a dictadores absolutos. Eso se pone de manifiesto en todos los asuntos. De ahí el apocalipsis en realización que padecemos.

Estamos, pues, al borde del abismo, en una situación apocalíptica en desarrollo, es decir, en el umbral de las condiciones objetivas para la revolución, que son al mismo tiempo las de un grado de intensidad indecible, colosal, de sufrimiento colectivo e individual.

Además, el país de la Unión Europea al que llaman España es el más degradado y envilecido del viejo continente. Con el mayor porcentaje de paro general, y sobre todo paro juvenil, la más grande tasa de pobreza infantil, el más elevado nivel de inmoralidad, el mayor consumo de cocaína y otros narcóticos y la más alta proporción de enfermedades mentales —lo que le hace estar a la cabeza del mundo en el consumo de psicofármacos—, donde está más liquidada la cultura popular y el servilismo por lo anglosajón es más elevado, con el mayor Estado policial de la UE, con una sociedad de marionetas autosatisfechas aunque enfermas que se jactan a cada instante de lo muy modernos, “tolerantes”, frívolos, cobardes y multiculturales/monoculturales que son, de lo mucho que se autoodian y autodesprecian, meros entes posthumanos nadificados y entregados al masoquismo. Su cutre y rancia modernidad, militante y fanatizada, es ya tan pestilente que deberían tomar nota de la frase de Roland Barthes en *Fragmentos de un discurso amoroso*, «*súbitamente, me resultó indiferente ser moderno*», aunque no basta con ser indiferente, hay que ser hostil a la última artimaña ideológica del sistema. España hace hoy bueno el dicho «*una generación de ovejas engendra un gobierno de lobos*».

Una sociedad en liquidación, sin futuro, salvo que se lo otorgue la revolución. La que antaño fue la sociedad más avanzada de Europa, la tierra de las personas valientes, morales, generosas, sociables, intrépidas, cordiales y fuertes, que suscitaba la admiración de los viajeros románticos, debido, por ejemplo, a su epopéyica lucha contra el imperio del tirano y genocida Napoleón I, es, hoy, una cosita risible, patética, anodina y sin carácter, que casi nadie aprecia y casi todos desprecian. Cambiar esto no va a ser fácil, pero el movimiento de la Revolución Integral se lo plantea como meta decisiva.

Dominación es, en efecto, aniquilación porque cuanto mayor es la tiranía a que es sometida una sociedad, más fuertes son las lacras, taras y disfuncionalidades que padece ésta y el individuo que la habita y, po



r tanto, más terrorífico es su derrumbe y desintegración. En efecto, el liberticidio, cuando es extremo, como sucede ahora, desencadena el apocalipsis, y todo se viene abajo, comenzando por la persona, lo que lleva a una crisis de la sociedad de proporciones desmesuradas. Algunos arguyen que vivimos «*un tiempo de incertidumbre sobre el futuro*», lo que —añaden— genera ansiedad, inseguridad y miedo, un conjunto de estados psíquicos diferentes a los propios de otras edades, sin ir más lejos, a los dominantes en los *felices años 60 del siglo XX*, cuando el futuro se contemplaba con un enorme (y no fundamentado) optimismo. Pero dicha incertidumbre es relativa, pues podemos estar seguros de que: 1) el actual modelo de sociedad está agotado y envejecido, padeciendo de una senilidad irreversible; 2) avanzamos hacia una crisis apocalíptica y catastrófica, que va a ocasionar un sufrimiento y dolor descomunales. La duda está en la desembocadura de todo ello, si en una revolución o en una situación de estancamiento, recrudescimiento de la tiranía y putrefacción secular. Existe además una tercera posibilidad: la extinción práctica de la humanidad como especie, su final biológico. Todo depende de lo que se haga, de lo que hagamos, desde ahora.



## 1-LA AUSENCIA DE LIBERTAD

Lo que configura la condición más básica del presente es la voluntad férrea, inexorable, de las minorías poderosas, organizadas como instituciones gobernantes estatales, de maximizar de forma ilimitada su capacidad de ordenar, mandar, manejar, prohibir, imponer, manipular y hacerse obedecer.

Juzgan, además, que el poder inmenso que han tenido hasta ahora es, a pesar de todo, parcial y limitado, y que es necesario hacerlo omnímodo, absoluto e ilimitado. Eso en todas las formas concretas que adopta el poder, al ser poder/poderes. Para que consigan no solo regir y dominar plenamente la conducta de los seres humanos del común, sino que además puedan penetrar en el interior de éstos con el propósito de gobernar y determinar sus pensamientos, emociones, gustos, pasiones, voliciones y sentimientos. Un poder total que hará, según la intención de quienes lo poseen y disfrutan, omnipotentes a los poderosos, criaturas absolutas, divinas *de facto*, y a los sometidos esclavos perfectos, sumisos perpetuos, e incluso “felices”.

Así pues, la libertad es hoy la cuestión decisiva. La libertad de la persona y la libertad del cuerpo social, están una y otra amenazadas por una tiranía rampante, en ascenso, como nunca antes ha existido, porque tiene a su disposición recursos e instrumentos liberticidas descomunales, de naturaleza política, económica, administrativa, tecnológica, militar-policial y de otros tipos, muy superiores a los que antaño tuvieron a su disposición las tiranías del pasado. Así pues, lo que ha progresado en realidad, si nos expresamos conforme a la teoría del progreso, han sido los medios para aherrojar y privar de libertad a los pueblos y a sus integrantes. Esto es así exactamente, dado que los avances tecnológicos, los adelantos de la ciencia, los progresos de la comunicación y los logros de la economía han servido y sirven a las élites que los dirigen y promueven, las cuales los utilizan con un fin decisivo y permanente, que es su monomanía, alcanzar más poder, mucho más poder sobre la gente común. Absolutizar la voluntad de poder, la suya.

En oposición a ese furor tiránico, el objetivo es vivir libres para ser por sí mismos y desde sí mismos, para determinar la propia conducta, el

propio pensamiento y la propia idiosincrasia. Ser libres para, antes que otra cosa, ser, continuar siendo, llegar a ser. Porque lo que desean quienes están en la cúspide de la pirámide social es degradar a las personas a autómatas fabricados en serie, todos iguales, clónicos e intercambiables entre sí, que sean modélicos por su sumisión, incapacidad, pasividad y servilismo, que carezcan de pensamiento propio tanto como de personalidad a partir de ellos mismos. *Seres nada* tan rotundamente anulados, nadificados, que únicamente a través de las instancias de mando, autoridad y dominación, y por medio de ellas, puedan actuar, existir.

Dominar es, necesariamente, aplastar y degradar. Sobredominar es aplastar y degradar, lo que impone el tránsito de lo humano a lo infrahumano. A partir de un momento, el furor mandante y tiránico se realiza como creciente dificultad o incluso imposibilidad, para las sociedades y los sistemas económicos, de costear y sufragar los daños inmensos, los colosales costes explícitos y ocultos, las disfunciones y aberraciones que el exceso de poder de unos pocos, los organizados como ente estatal, originan. Llegados a ese punto, en el umbral del cual ya nos encontramos, todo se desmorona.

En consecuencia, el problema de nuestro tiempo, el más decisivo, no es el del bienestar, el de una existencia segura, abundante en recursos materiales, plácida, sino el de la libertad. Las revoluciones liberales, desde la Revolución (en realidad contrarrevolución) francesa, han sido un ataque colosal a las libertades populares, realizado por medio de la violencia, las matanzas y el terror, lo que aquí organizó la Constitución de 1812 y las que la siguieron, hasta llegar a la actualmente vigente, la Constitución de 1978. Aquéllas fueron, en lo sustantivo, golpes de Estado militares. Lo mismo puede decirse de las ideologías y las prácticas sociales que han ido emergiendo del liberalismo y la modernidad, a saber, el progresismo, el marxismo, el tecnocratismo, el anarquismo, el fascismo, el feminismo, el economicismo, el hedonismo, el politicismo, el legicentrismo y tantas otras. Desde entonces, el poder/poderes ha ido creciendo y creciendo, hasta alcanzar en el presente un estadio de fuerza, fiereza, brutalidad y potencia monstruosa, un poder aterrador.

En el presente, como derivación, la lucha por la libertad es, al mismo tiempo, la lucha por la continuidad y supervivencia de la humanidad, así como por la persistencia del ser humano y de lo humano. Estamos

entrando en una fase temporal en la que la rotundidad dominadora se hace disfuncional e insostenible, lo que explica la masa colosal y creciente de patologías que afectan a las sociedades de la modernidad y al individuo que la puebla, un enfermo terminal del alma y el cuerpo. Cada una de ellas haría difícil la continuidad de lo existente, pero todas juntas garantizan su desintegración y hundimiento, lo que ha de llevar a una situación revolucionaria muy singular, extremadamente complicada, en la que el movimiento de la Revolución Integral tiene que saber desenvolverse con eficacia.

La gran tarea de nuestro tiempo es, en consecuencia, liquidar el poder de los mandantes, desarticular sus aparatos de dominación, denunciar su sinrazón genocida, explicar su condición demente y homicida, hacer comprender que persiguen una meta terrorífica en la que el afán ilimitado de dominio se hace destructividad sistémica y general de la sociedad y de la persona. Hay que tomar de la filosofía estoica la noción de *«vivir conforme a la naturaleza»*, porque hacerlo acorde a la locura tiránica de las élites contemporáneas, esto es, vivir según el ansia ciega de poder de unos pocos, equivale al final del género humano. Tal es un sinvivir, un perecer.

Por todo ello, la Revolución Integral es, antes que otra cuestión, la afirmación, reformulación y recreación de la libertad, en consecuencia, de la continuidad de la humanidad y la continuidad del ser humano. El triunfo de la libertad se realiza por medio de su concreción y formulación según las condiciones en el presente de la idea y el ideal de la libertad. No basta con acudir al tiranicidio, siguiendo a Juan de Mariana, no es suficiente aniquilar los aparatos e instituciones que privan de libertad; hay que dar un paso más, explicar y exponer, realizar y efectuar la forma concreta que ha de adoptar la libertad, así como la estrategia, el camino para conseguirla. En todas sus manifestaciones más importantes. Así saldremos del terreno, necesario inicialmente, pero después siempre cenagoso e incluso peligroso, de la mera crítica, para elevarnos al espacio refulgente de ofrecer un programa de acción que permita pasar de las palabras a los hechos. De criticar la tiranía a proponer el programa para la construcción de la libertad, y de éste a realizar la libertad, tras derrocar a la tiranía y a los tiranos.

La Revolución Integral es, principalmente y, ante todo, una Revolución de la Libertad. De la libertad social y de la libertad individual. De la libertad y de las libertades.



## 2-SOBRE EL ESTADO

En el artículo 1.2 de la Constitución española actual, de 1978, la palabra «Estado» va unida a «poderes», esto es, a los organismos e instituciones que ejercen el mando, el dominio, en el espacio territorial a aquél subordinado, los cuales, añade, «emanan» del pueblo español, sin que se explique cómo sucede tan pintoresco acontecimiento, la emanación. El Estado es, por tanto, la asociación *ad hoc* de los mandantes y poderhabientes, mientras que el pueblo resulta ser la agrupación de los mandados, de los gobernados. El monopolio de la violencia es el rasgo distintivo principal del Estado, que lo ejerce por medio de las instituciones apropiadas, el Ejército y las diversas policías. Puesto que para mantener a éstas se necesitan recursos, hay un sistema tributario que los extrae de la masa popular laboriosa, productiva.

Lo que hoy existe es la soberanía estatal, no la soberanía popular. Ésta resultará de la aniquilación revolucionaria de aquélla. Usar esa palabra, Estado, para referirse a la suma de las instituciones interconexionadas que poseen como propio el poder y lo ejercen en una sociedad, resulta de la expresión latina *status rei publicae* que libremente traducida significa «estructuras de gobierno». Tal formulación fue empleada por varios autores, Maquiavelo entre ellos, simplificándola a su primera palabra, convertida, de ese modo, en Estado. Al mando y dominio instituido ejercido en la sociedad por medio de la fuerza cristalizada en sistema legal, Thomas Hobbes lo denomina *Leviatán*, título de una de sus obras, de 1651, porque es un monstruo que todo lo puede y todo lo devora, dicho todo ello en un sentido laudatorio, pues aquél fue un gran estatólatra.

Sus funciones son hacerse con el monopolio de la violencia, cobrar impuestos, acuñar y emitir moneda, hacer las leyes, obligar al pueblo a cumplirlas, mantener diversos aparatos de adoctrinamiento, promover y conservar el capitalismo (en el Estado moderno), dominar un sector de la actividad económica con las empresas estatales, financiar la tecnología de dominación y agresión, sobre todo militar, señorear el sistema sanitario, dar respuesta conforme a sus intereses a los problemas de la sociedad, tener relaciones diplomáticas con otros Estados y librar guerras con alguno o algunos de ellos en pro de extender, ampliar e incrementar la propia capacidad de dominar.

Max Weber, en *Sociología del poder: los tipos de dominación*, define el poder como «la posibilidad de imponer la propia voluntad al comportamiento de otras personas», lo que es apropiado si por «propia voluntad» se entiende la de un colectivo corporativo, no la de un individuo, pues todo tirano es institucional, y solo muy secundariamente individual. A ese tirano institucional, grupal, lo llamamos «Estado». Los estudiosos suelen clasificar diversas expresiones de poder. «Poder condigno», o por medio del temor y el dolor; «poder compensatorio», a través de los sobornos entregados a quien se somete; «poder condicionado», logrado por el adoctrinamiento, la mentira y la manipulación. Todos ellos son poderes ilegítimos, tiránicos, pues se sirven de esos tres procedimientos y de varios más.

Sus instituciones decisivas son el Ejército, las policías, el aparato judicial, las cárceles, los ministerios, el régimen fiscal, el Banco central, el dinero, las empresas capitalistas estatales, los mecanismos para trasladar recursos económicos y monetarios estatales a la gran empresa privada, el aparato sanitario, el cuerpo diplomático, el sistema educativo adoctrinador, los poderes mediáticos y la religión de Estado correspondiente. Además, están los organismos supraestatales, continentales (UE, OTAN, etc.) o mundiales (ONU, OMS, FAO, etc.), fundados y financiados por los principales entes estatales en el plano mundial.

El Estado no es electivo, existe sin más, se impone por la fuerza. No hay posibilidad de escoger en referéndum entre que exista o no exista, ni entre una forma u otra sustantiva de Estado. Es, está, y ahí acaba todo. Tampoco es competitivo, no hay dos Estados que compitan entre sí en un mismo territorio. Su naturaleza es invasiva y expansiva, por lo que cada vez ocupa más espacio, posee más prerrogativas, recluta a más funcionarios, dispone de más policías, adoctrina más y recauda más tributos. El bando dogmático neoliberal afirma que desea reducir su tamaño, pero eso no es lo que hace en la práctica, pues los gobiernos neoliberales, una vez en el poder, han efectuado todo lo contrario. El otro bando es el estatolátrico clásico, que desea que se expanda hasta controlar el total de la riqueza social y todo el poder de mando.

Si a principios del siglo XX los presupuestos del Estado solían ser el 12-18% del PIB de un país, hoy se sitúan en cifras superiores al 50%, y continúan creciendo. Es Mussolini quien mejor explica la esencia del



aparato estatal, sea liberal o fascista, monárquico o republicano, de derechas o de izquierdas: *«todo en el Estado, nada fuera del Estado, nada contra el Estado»*. Éste es un tirano corporativo, un dictador colectivo.

Se afirma que el Estado es el realizador y garante del bien común, pero el único que puede cumplir esta función es el común, la comunidad popular. Si cada cual busca su propio bien, según se afirma, el Estado también, de manera que su meta es protegerse a sí mismo y fortalecerse a sí mismo. El Estado no es una entelequia nebulosa, sino la autoorganización coercitiva de un grupo muy reducido de individuos para ejercer el poder de manda y explotación, algo muy parecido a una banda de hampones, salteadores o mafiosos, pero a gran escala y con infinitas narraciones justificativas y embellecedoras. En situaciones críticas, aquél efectúa golpes de Estado, consistentes en que el ejército se lanza contra el pueblo y le reprime, a veces con matanzas colosales, como la que hizo el Estado español en 1936. El Estado necesita del pueblo, para expoliarle y vivir a su costa, pero el pueblo no necesita del Estado, pues puede autogobernarse. Es tarea de la revolución alcanzar el autogobierno popular.

Un apéndice del Estado es el gobierno, parte de aquél y componente secundario, en todo subordinado. Para mantener la ficción de “participación popular” y “democracia” el ente estatal fomenta la existencia del gobierno, “elegido por los ciudadanos”. El parlamento es, se dice, el poder legislativo y el gobierno el poder ejecutivo, pero todas las decisiones importantes las adoptan las instituciones del Estado, que luego se las hace saber al gobierno y al parlamento, entes formados por politicastos incompetentes e ignorantes, agrupados en los partidos políticos. Las leyes llegan ya elaboradas al parlamento, en el cual tienen lugar pseudodebates tediosos que nadie atiende. Quienes mandan y rigen no son el gobierno ni los ministros ni el parlamento, sino los poderes reales, o poderes facticos: los altos funcionarios de los ministerios, los jefes del ejército, los cuerpos de catedráticos, los jefes del Banco estatal, la gran patronal capitalista y algunos núcleos más de superprivilegiados.

Que el gobierno es una estructura publicitaria sin poderes efectivos, mero decorado “participativo” para engañar a los necios, queda en evidencia cuando hay un conflicto grave entre Estado y gobierno, por lo que el primero da un golpe de Estado, arroja fuera al gobierno y pasa él mismo a gobernar. Tal hizo el Estado español en 1936, el Estado

chileno en 1973, etc. etc. En tales situaciones se observa que todo el poder es del Estado y ningún poder sustantivo del gobierno. El artículo 116 de la Constitución española regula el denominado «estado de sitio», que equivale a entregar las funciones de mando, de manera legal, al Ejército, en el caso de que, por ejemplo, una crisis social aguda amenace al régimen constituido, de manera que, en última instancia, el poder vigente es una dictadura militar, lo que también se afirma e impone, sin demasiado pudor, en el artículo 8 de la propia Constitución.

La esencia última del Estado, su meollo, es la violencia, que se realiza de dos maneras, por medio de las leyes, esto es, en la legalidad, y *de facto*, en la ilegalidad. Una manifestación de ello son los 50.000 casos de malos tratos, palizas, violaciones y torturas que tienen lugar, cada año, en comisarías de policía y cuartelillos de la Guardia Civil.

El criterio decisivo en las preocupaciones y actividades estatales es la “seguridad nacional”, es decir, lo contenido e implicado en la seguridad interior y exterior del Estado. Eso está por encima de todo y lo domina todo. La institución que, principalmente, vela por la “seguridad nacional” es el Ejército, con sus cuerpos de analistas y planificadores, los más efectivos que tiene cada formación estatal. La actual Ley de Seguridad Nacional de 2015, modificada posteriormente, es un documento decisivo para comprender la naturaleza totalitaria, militar en última instancia, represiva y agresiva, del actual régimen. De él y de cualquier otro que tenga al Estado como centro del poder.

En esencia, el Estado es la organización de una minoría vandálica, incivil, brutal e inmoral para mandar, adoctrinar, manipular y explotar económicamente a la gran mayoría de la población. Dicha minoría, con el fin de llegar a ser superpoderosa, va expandiendo más y más su tiranía, construyendo una narrativa justificativa, para lo que se sirve de los intelectuales y/o del clero de las religiones de Estado. En la estructura estatal hay que diferenciar entre altos funcionarios, que son los que tienen poder y toman decisiones, y los funcionarios de base, meros asalariados del ente estatal. Aquellos que disponen de poder decisorio en el aparato estatal son una minoría reducida, quizá en torno al 1% de la población de un país. Así pues, el Estado es el poder tiránico, dictatorial, sustentado en la fuerza y en la propaganda, de ese 1% de la población sobre el 99% restante, aunque la clase media, que puede ser el 20%, está en una posición intermedia, lo que está siendo minado por la rápida contracción e incluso desaparición de dicha clase

media. Para afianzar su tiranía dotándola de una base de masas, el Estado incorpora a su quehacer a grupos y sectores sociales relativamente numerosos, a los que otorga un cierto grado de autoridad, sobre todo a las clases funcionariales y politicistas de estatus mediano. Maquiavelo, el teórico primero y principal del poder del Estado, le otorga dos funciones inherentes para mantenerse y prosperar, el ejercicio de la violencia con exclusión de cualquier traba moral, y el uso de la mentira y el engaño tanto como sea necesario.

La denominada «razón de Estado» es la justificación de no importa qué maldades, asesinatos, manipulaciones, inmoralidades, operaciones de ingeniería social, mentiras, tropelías policiales, torturas, matanzas, guerras civiles o atrocidades máximas, si ello beneficia al Estado. La razón de Estado lo justifica todo, pues el poder del tirano corporativo y colectivo es el argumento principal, por encima incluso de la ley promulgada, sin duda por delante de la justicia natural y más allá de las normas morales, sobre toda consideración de humanidad, de bien o de virtud. El Estado es la materialización más aterradora de la voluntad de poder, esto es, de la decisión de acudir a los procedimientos que sean para conservar el mando y dominación en las manos de una minoría, incrementándolos día a día.

El Estado, como se ha dicho, necesita imperiosamente de la amoralidad e inmoralidad, social e individual. Requiere de un individuo disminuido, degradado y lamentable, que sea un lobo para con sus semejantes, conforme a la formulación de aquel inmenso estatólatra que fue Hobbes. Cuanto más crece y se expande el Estado, más decae la moralidad pública y privada y la virtud, cívica y personal. Por eso es fullería que algunos mercenarios intelectuales presenten a la democracia directa como “compatible con el Estado”, como si éste fuera “neutral”. E incluso se atreven a argüir que los bienes comunales aún existentes son una forma particular de bienes “públicos”, esto es, estatales, en lo que inclusive contradicen a la legislación vigente que, por la presión popular en la base, tuvo que admitir que el comunal es la «copropiedad de los vecinos», no de las instituciones del Estado, sean éstas ayuntamientos, diputaciones, comunidades autónomas o gobierno central. Si el Estado ejerce la soberanía, es decir, si existe, no hay ni puede haber democracia directa, de manera que ésta solo se constituye sobre las ruinas de aquél, para que todo el poder decisorio, normativo y ejecutivo pertenezca al pueblo y al individuo común.

La *realpolitik* enseña, como se ha dicho, que el poder constituido es, en su esencia, violencia, y que el poder resulta del fusil. El derecho romano expone que la fuerza hace el derecho, dando eficacia a las leyes, enorme verdad sobre la que no cabe duda. Por eso, resulta decisiva la propuesta revolucionaria y popular para que haya una Sociedad de la Libertad, en la que desaparezcan las entidades constituidas para el ejercicio profesional de la violencia: el Ejército profesional y los cuerpos policiales. Tiene que ser el pueblo en armas, organizado para la autodefensa, como milicia cívica combatiente no profesional, la que ejerza las funciones de aquéllas. Todo Estado es una dictadura militar más o menos disimulada, cuestión que “olvidan” los reformadores sociales de toda laya.

Estado y pueblo son antagónicos, pues si es soberano el uno no lo es el otro. La llamada “democracia representativa” es simplemente una dictadura del Estado, así como del capitalismo que aquél protege y promueve. La representación política es una manera de negar la soberanía popular pues, si gobiernan los “representantes del pueblo”, no lo hace el pueblo. Para evitar la creación de una casta política, luego clase dominante, el sistema de democracia directa se sirve del mandato imperativo, los cargos anuales no remunerados, la soberanía omnímoda de la asamblea, el derecho consuetudinario, el armamento general del pueblo, la virtud cívica, la vigilancia permanente para que no emerjan tiranías y otros mecanismos garantes de la libertad. La sabiduría popular sostiene que *«nadie es más que nadie»*, que la sociedad no puede estar dividida en superiores e inferiores, en mandantes y mandados, en Estado y pueblo, pues eso niega la igualdad política natural entre los seres humanos.

Se suele justificar la existencia del Estado con el argumento de que es necesario por ineludible, dado que sin Estado la sociedad se hundiría en el caos. Por eso el derecho romano, rigurosamente estatista, organiza la vida colectiva con un criterio central, el de verticalidad, de arriba hacia abajo, alguien manda y muchos obedecen, con la fuerza armada de los cuerpos especializados en el ejercicio de la violencia como garantía de permanencia. Pero la gran mayoría del tiempo de la humanidad ha transcurrido a través de sociedades sin Estado, pues éste es una anomalía muy reciente. Ahora asistimos a lo que son, probablemente, sus últimos momentos, pues en su expansión descomunal y enloquecida, está poniendo en peligro la continuidad del